

Frente a la estrategia de las burguesías, Construyamos un nuevo sindicalismo

Ciertamente no podemos desconocer que el capitalismo y la correlación de fuerzas entre las clases trabajadoras y las clases dominantes han experimentado una profunda transformación en las últimas décadas. Para explicarnos esa mutación, hay que remontarse a la crisis económica que estalla en los países altamente industrializados a principios de los setenta del siglo XX y que continúa hasta nuestros días, aunque en su interior y en distintos países las economías tengan ciclos de crecimiento, estancamiento y recesión.

Frente a esa crisis estructural del capitalismo, los gobiernos de los países subdesarrollados y en especial los de América Latina intentan salvarse de la recesión a través de aumentar aceleradamente el gasto público para dinamizar la actividad económica, pero esos presupuestos ampliados no se financian con impuestos, sino con créditos contratados con la banca internacional. Así, los gobiernos latinoamericanos consiguen, en efecto, mantener el crecimiento durante los setentas, pero al inicio de los ochentas caen en la insolvencia, que da lugar a la crisis de la deuda y determinará que a esos años se le llame la década perdida de América Latina, porque durante los ochentas la economía de toda América Latina no crece.

Por su parte, para enfrentar la crisis económica que hacía estragos desde inicios de los setentas, las burguesías de los países altamente industrializados van a llevar adelante dos grandes ofensivas: una contra los trabajadores de sus propios países, que ha significado la precarización del empleo, el descenso de los salarios, la pérdida de prestaciones, el ataque a las pensiones, el desconocimiento de los contratos colectivos y del derecho de huelga, la disminución, en especial a través de la privatización, de los servicios sociales, como educación y salud, la polarización de los ingresos, el aumento de la pobreza entre la población trabajadora en su conjunto, etcétera.

La otra ofensiva es contra los países subdesarrollados, y aquí la principal arma va a ser el problema de la deuda. En el momento en que los países subdesarrollados, en especial los de América Latina, caen en la insolvencia, la banca internacional niega cualquier nuevo crédito, pero recordemos que nuestras economías habían mantenido su crecimiento gracias al gasto público extraordinario que había sido financiado a través de los préstamos, de modo que el que no haya nuevos créditos significa que hay que implantar la política llamada de austeridad y que ésta, a su vez, determina el estancamiento o la recesión.

Desesperados, los gobiernos de América Latina recurren al Fondo Monetario Internacional y al Banco Mundial en busca de financiamientos y estos organismos o mejor dicho, la burguesía financiera internacional que es la que ejerce la hegemonía en estos organismos, aprovechan la coyuntura para imponer, primero con el llamado Plan Baker y luego con el Plan Brady, (ambos reciben sus nombres por los sucesivos secretarios del Tesoro de Estados Unidos), las políticas neoliberales en nuestros países, pues se exige que América Latina acepte eliminar todo proteccionismo y dar libre paso al capital extranjero, tanto bajo la forma de mercancía, como en forma de capital productivo, como capital dinero, esto es para especular en la Banca y en la Bolsa. Esta realidad ha determinado un despojo masivo, sólo comparable con la época colonial, de nuestros recursos naturales e incluso del territorio de nuestros países a través de las concesiones a los capitalistas extranjeros.

Esta ofensiva de los países altamente industrializados consigue al mismo tiempo que en los subdesarrollados se produzca lo que puede llamarse un desplazamiento de la hegemonía, esto es, que de ahí en adelante va a ser la fracción financiera de la burguesía internacional la que detente el poder en el interior mismo de los países subdesarrollados, de modo que los distintos gobiernos, incluidos algunos que tienen un origen de izquierda, protejan en primer lugar los intereses de esa fracción financiera internacional, y sólo en segundo lugar a las fracciones financieras de las burguesías nacionales. En un tercer lugar, cuando les es posible, miran por los intereses de las otras fracciones de las burguesías.

Ante la pérdida de la hegemonía, las burguesías nacionales, van a implantar, en el interior de nuestros países, los modelos neoliberales a ultranza, a fin de intensificar la explotación de los trabajadores y de esta manera, recuperar y aun incrementar su tasa de ganancia. El objetivo de aumentar la explotación de los trabajadores es compartido por las empresas transnacionales que a partir del proceso de globalización imponen un conjunto de reformas estructurales, que tienen como finalidad disminuir sus costos laborales, tanto en sus países de origen, como en los receptores de la inversión extranjera.

Esa transformación en la correlación de fuerzas, que se puede describir como el asalto al poder internacional de la fracción financiera (un pequeño grupo de multimillonarios) de la burguesía internacional, significa una derrota histórica de la clase obrera y en general de las clases trabajadoras del mundo. La ofensiva ha sido de tal amplitud y profundidad que nos obliga a reconocer que sólo puede enfrentarse a través de la unión y solidaridad internacional. En particular, hace indispensable que construyamos un nuevo sindicalismo que tenga como principal objetivo modificar esa correlación de fuerzas.